

LA ULTIMA MODA

REVISTA QUINCENAL

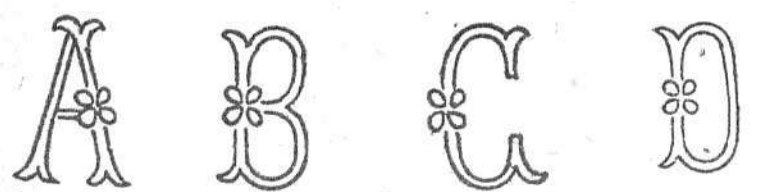


PRECIADOS, 46, MADRID

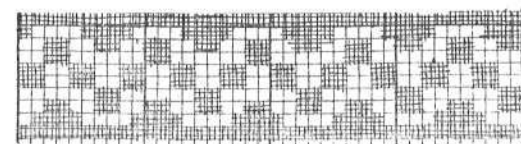
NÚM. 1.565

50 céntimos.

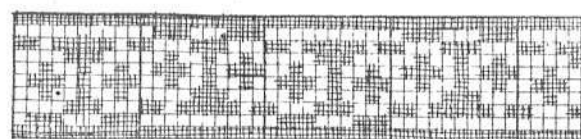
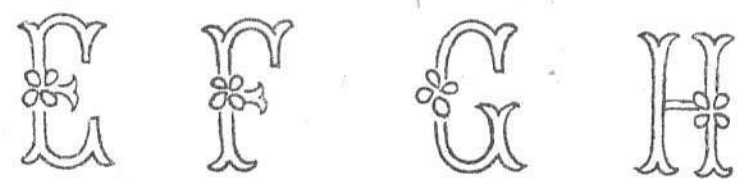
5 DE OCTUBRE DE 1921



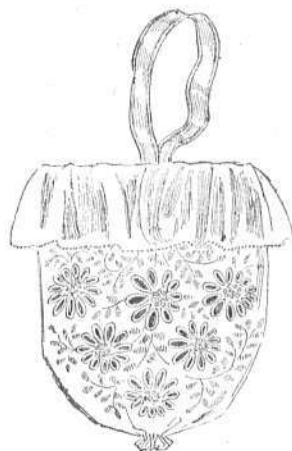
1



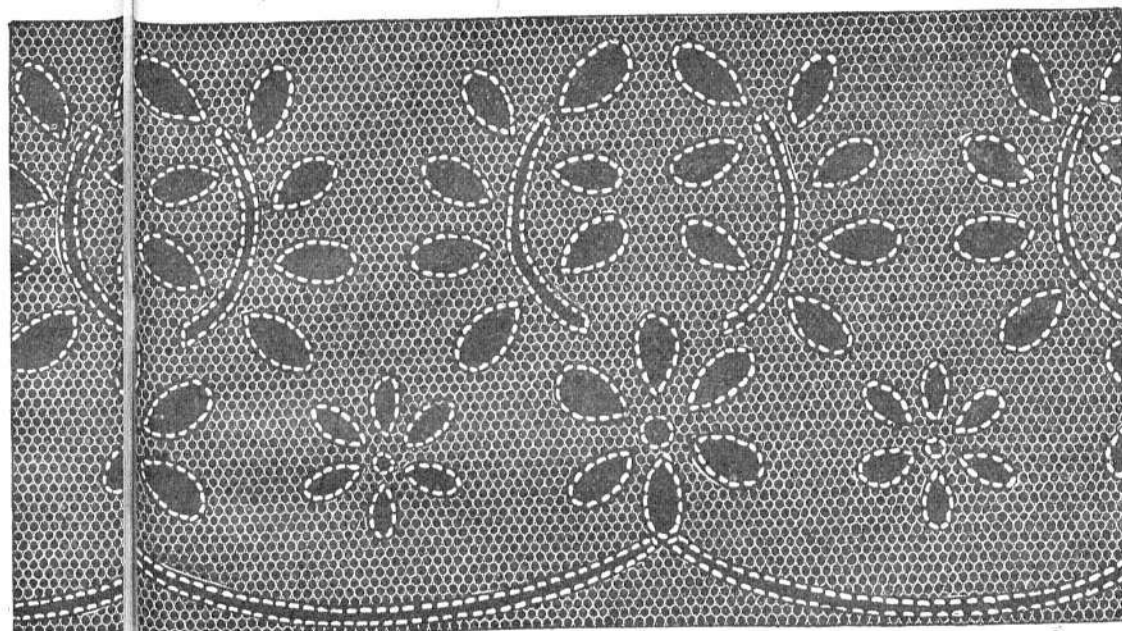
2



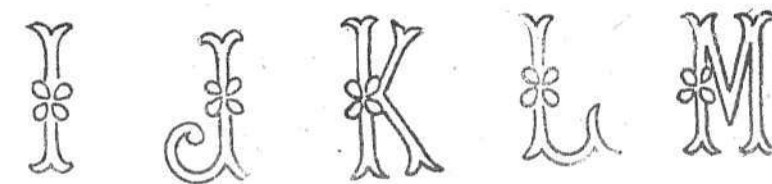
2



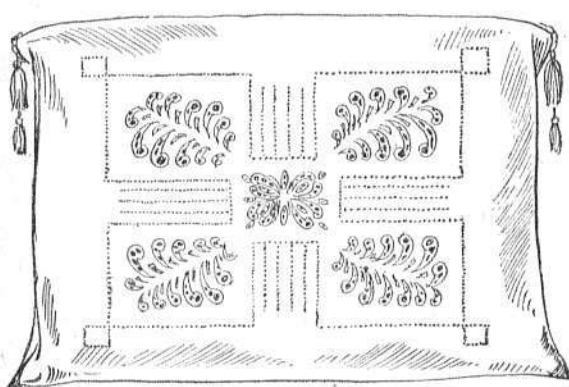
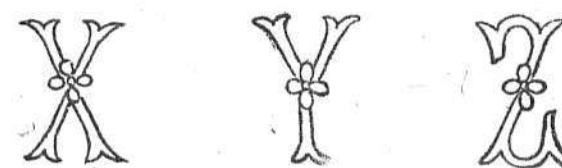
3



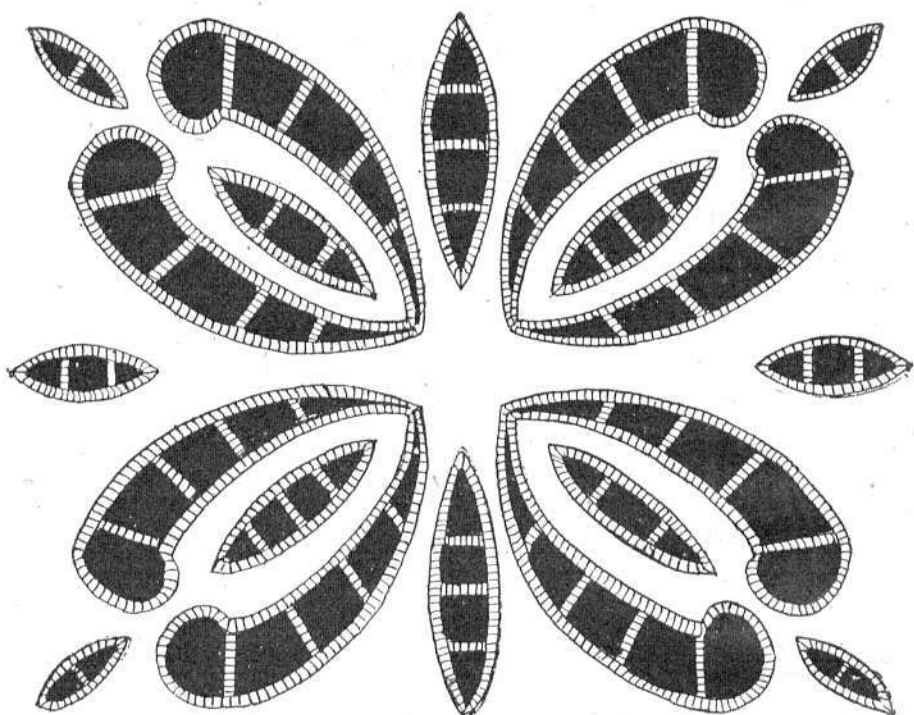
5



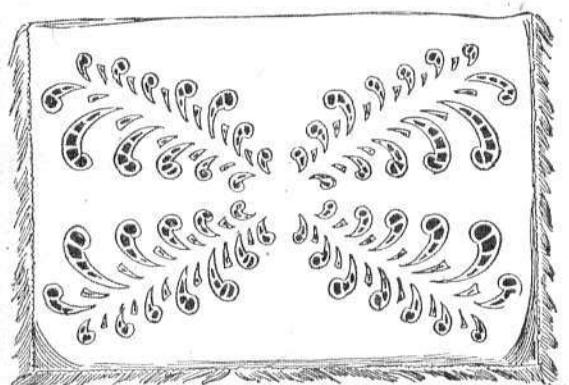
1



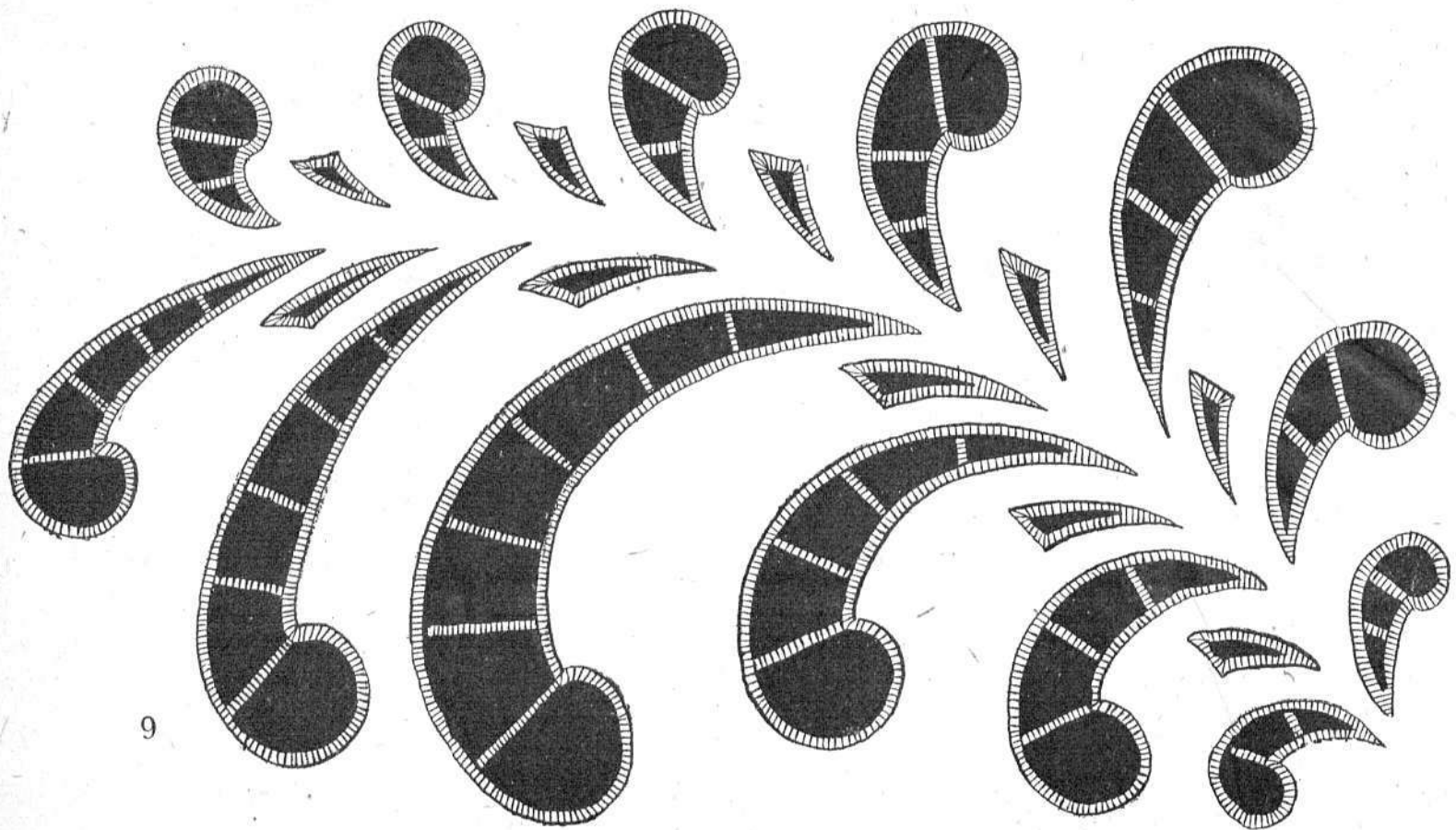
6



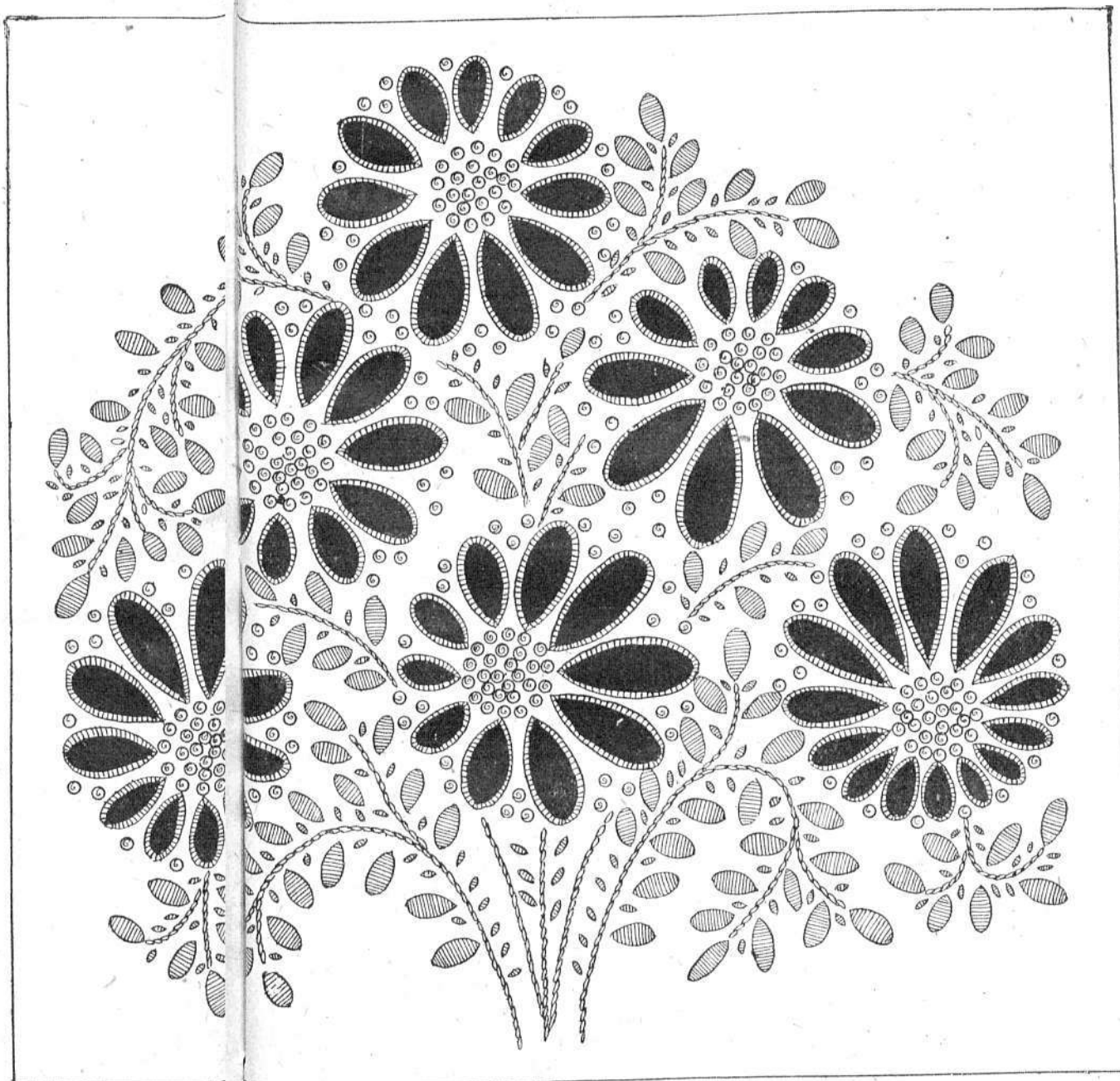
7



8

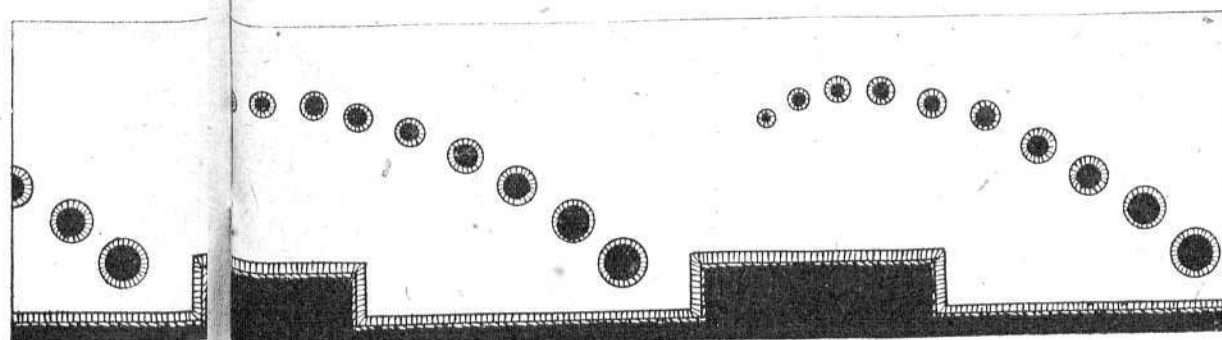


9



4

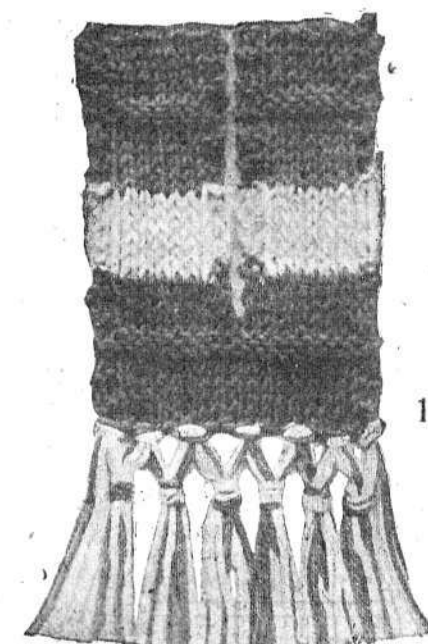
10



1. Abecedario para ropa blanca.
2. Entredoses de malla bordada.
3. Bolsa para campo bordada a la inglesa, a punto llano y a punto de nudo; un volante de organdi termina la bolsa.
4. Dibujo, a tamaño de ejecución, del bordado para la bolsa número 3.
5. Bordado sobre tul hecho con aplicaciones de tela cirée.
6. Almohadón bordado a la inglesa y adornado con calado sacando hilos.
7. Dibujo, a tamaño de ejecución, del bordado a la inglesa para el almohadón número 6.
8. Almohadón bordado a la inglesa.
9. Dibujo, a tamaño de ejecución, del bordado para el almohadón número 8.
10. Adorno para ropa blanca bordado a la inglesa y festoneado.
11. Blusa marinera hecha a punto de media con seda o algodón.
12. Detalle del borde inferior del cuello-estola de la blusa número 11.



11



12

MEDICINA E HIGIENE

TÉRMINOS MÁS USUALES

(Continuación.)

terna, es la Hemoftalmía. (Véase esta palabra.)

Las hemorragias por causas internas son muy variadas y obedecen a causas distintas.

La hemorragia de las encías se contiene con aplicar unas gotas de esencia de trementina.

La hemorragia nasal, epistaxis o sangre por la nariz, se detiene: levantando el brazo opuesto a la ventanilla nasal por donde sale la sangre (ventanilla izquierda, brazo derecho; ventanilla derecha, brazo izquierdo); sorbiendo agua avinagrada; empapando en una solución de antipirina (un gramo de antipirina en una cucharada grande de agua) un tapón de algodón o de hilas, y colocándolo en la nariz sin introducirlo mucho, comprimiendo en seguida las ventanillas con los dedos y evitando el estornudar. También se puede combatir esta hemorragia: con compresas de agua fría colocadas en la frente y en la nariz; con baños de pies, muy calientes; con tapones de algodón empapados

en agua gelatinosa (10 gramos de gelatina por 100 de agua caliente), en adrenalina o en solución de percloruro de hierro. Asimismo es conveniente tomar de hora en hora una cucharada grande de un preparado de percloruro de hierro y agua (un gramo, o sean 20 gotas de percloruro, para un vaso de agua azucarada). Igualmente se recomienda la aplicación de sinapismos a las piernas. La hemorragia nasal suele producirse por hallarse en una atmósfera muy caliente o por haber permanecido con la cabeza inclinada sobre la lumbre. En ocasiones es síntoma de anemia, y otras veces señala el comienzo de enfermedades, generalmente febriles, y, especialmente, de carácter eruptivo.

Las hemorragias por la boca, o sean los vómitos de sangre, pueden proceder de los pulmones (véase Hemoptisis) o del estómago (véase Hematemesis). Si la sangre procede del pulmón, es decolor de rosa y presenta burbujas de aire. Si viene del estómago es oscura y no tiene burbujas.

La hematemesis reconoce como causa: emociones fuertes; envenenamiento, golpes o caídas, úlceras o cáncer en el estómago.

Estas hemorragias se combaten: trasladando al enfermo a una habitación fresca y bien ventilada; imponiéndole quietud y silencio; administrándole bebidas frías y ácidas (limonadas); haciéndole tragar trocitos

de hielo o cucharaditas de helado; aplicándole sinapismos en el pecho y, en el estómago, una bolsa impermeable llena de hielo o cataplasmas calientes, y, en fin, haciéndole tomar pediluvios calientes. Cuando no hay hielo ni bebidas heladas, se emplearán, a más de las limonadas, la poción de percloruro de hierro, recomendada anteriormente contra la hemorragia nasal. Si el vómito de sangre se debe a úlceras en el estómago, se someterá al paciente a dieta láctea.

La hemorragia intestinal, o enterorragia, consiste en hacer deposiciones de sangre; se combate: con reposo absoluto; con aplicación de hielo (encerrado en bolsa impermeable) al vientre, y con lavativas de agua caliente, o de agua caliente a la cual se añaden 10 gramos de gelatina y 2 de sal común, para cada 100 gramos de agua.

La hemorragia al orinar (véase Hematuria) se combate como la anterior, o sea como la intestinal.

La hemorragia o flujo de sangre, que suelen padecer las señoras, se combate con irrigaciones de agua caliente.

La hemorragia espontánea o exagerada (véase Hemofilia) se combate deteniendo la salida de la sangre, con arreglo a lo ya dicho, y administrando al enfermo, de hora en hora, 10 centigramos de sulfato de sosa.

(Continuará.)



EL GRAN TESORO LITERARIO DE LAS CINCO RAZAS QUE PUEBLAN LA TIERRA.

LO GUARDA LA INCOMPARABLE COLECCION UNIVERSAL

SE PUBLICAN VEINTE NÚMEROS MENSUALES
VENTA DE VOLUMENES SUELTOS
COLECCIONES COMPLETAS EN VENTA A PLAZOS
PÍDASE EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA
ENVÍAMOS GRATIS FOLLETOS ILUSTRADOS DE PROPAGANDA

COMPANIA ANÓNIMA CALPE
MADRID, SAN MATEO 13 • BARCELONA, CONSEJO DE CIENTO 416

Tomos publicados en el mes de Junio.

461 a 463.	—EL ORIGEN DE LAS ESPECIES, de Darwin. Traducción del inglés por Antonio de Zulueta. Tomo III y último.....	1,50
464 a 466.	—BEATRIZ CENCI. Novela de F. D. Guerrazzi. Traducida del italiano por Pedro Pedraza. Tomo III y último.....	1,50
467 y 468.	—RICARDO III. Drama de Shakespeare, traducido del inglés por Luis Astrana Marín.....	1
469 y 470.	—EL CONTRATO SOCIAL, de J. J. Rousseau. Traducción del francés por Fernando de los Ríos.....	1
471.	—VIAJE ALREDEDOR DE MI CUARTO. Novela de J. de Maistre, traducida del francés por Nicolás Salmerón y García.....	0,50
472 y 473.	—EL SECRETARIO. Novela de E. Sienkiewicz, traducida del ruso por N. Tasin.....	1
474 a 476.	—VIDAS PARALELAS, de Plutarco. Traducción del griego de D. Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. Tomo VIII....	1,50
477 a 480.	—EL CAPITAN FRACASA. Novela de Teófilo Gautier, traducida del francés por Cipriano Rivas Cherif. Tomo I.....	2

De venta en la librería de «La Moda Elegante», Preciados, 46, Madrid.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Desde 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTIPÉRIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

6 Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAR, LENTEJAS, TEX ABOLADA
SARFULIDON, TEX BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

PARIS

CLÍNICA DE BELLEZA

Dr. Subirachs. — Montera, 51, pral.

Pelo y vello. Extirpación radical por la electrolisis. — **Obesidad.** Tratamientos foto-eléctricos modernos. — **Pechos.** Desarrollo y dureza por medios eléctricos y masajes. — **Masajes y baños de luz** generales y del rostro.

Fábrica de libros rayados.

PASEO DE SAN VICENTE, 20

MADRID. — TELÉFONO 376

SENOS



Desarrollados, Reconstituídos, Hermosados, Fortificados con las **Pilules Orientales** el único producto que en dos meses asegura el desarrollo y la firmeza del pecho sin perjudicar la salud. Aprobado por las notabilidades medicas.

J. RATIE, pharmacien, 45, r. de l'Éclairer PARIS

Un frasco se remite por correo enviando 7,50 pesetas en libranzas o giro postal a **CEBRAN y Cia.**

Lauria, 26, Barcelona. De venta en Madrid: Cayoso, Arenal, 2; en Barcelona, Oliver, Hospital 2.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el más activo y económico, el único inalterable. — **Exige el verdadero, 14, R. Beaux-Arts. Paris.**



ANEMIA

DEBILIDAD, NEURASTENIA TISIS

Los Médicos los mas eminentes precian que el VINO y el JARABE **DESCHIENS** a la Hemoglobina (PARIS) CURAN SIEMPRE

Precios de suscripción de LA ÚLTIMA MODA en España.

Año, 12 pesetas. ☞ Semestre, 6 pesetas. ☞ Trimestre, 3 pesetas.

ADMINISTRACIÓN: PRECIADOS, 46, MADRID

LA ULTIMA MODA

Edición especial de LA MODA ELEGANTE

Año XXXIV

PRECIADOS, 46, MADRID

Núm. 1.565.

SUMARIO

TEXTO.—Revista de modas, por V. de Castellido.—El castigo de no ser prudente (cuento árabe), traducido del inglés por Francisco Lombardía.

En la cubierta.—Medicina e higiene (continuación), términos más usuales.

GRABADOS.—Pág. 1: trajes de otoño.—Pág. 2: Traje para desposada.—Pág. 3: Cuatro

elegantes modelos de trajes.—Págs. 4 y 5: Trece modelos de trajes de diferentes hechuras.—Pág. 6: Otros siete modelos diversos de trajes.—Pág. 8: Ropa blanca.

En la cubierta.—Abecedario para ropa blanca.—Entredós de malla.—Bolsa para campo y dibujo, a tamaño de ejecución, del bordado.—Bordado sobre tul.—Almohadones y dibujos, a tamaño de ejecución, de los bordados.—Adorno para ropa blanca.—Blusa marinera.

TRAJES DE OTOÑO



1. Traje sastre para señora de cierta edad, en shantung negro; blusa larga de crespón marroquí violeta; bordado violeta en la chaqueta.

2. Abrigo-capa, de kasha, color arena, bordado a cadeneta en seda negra.

3. Traje de crespón marroquí color rojo, bordado de seda verde; cinturón de galalita verde.

4. Traje de kasha gris gaviota, adornado con trencillas de seda blanca; botones de nácar gris.

Revista de modas.

Blusas y chalecos.—La moda para las muchachitas.

Las blusas que acompañan a los "sastre" rara vez son ahora las antiguas blusas camisero, aproximadas más o menos al tipo de camisa de hombre, excepto cuando la blusa ha de acompañar a un "sastre" de *sport* o a un "sastre" clásico, aproximado a la chaqueta de amazona o al traje de hombre.

La blusa camisero de celular, o bien de crespón de la China o de lienzo de seda, con el cuello vuelto, con corbata regata o con una corbata de caza, es en tal caso muy elegante. Aun cuando se respete el estilo camisero en toda su austeridad clásica, la blusa se pone por encima de la falda y no metida en la cintura de ésta, como lo pedía la tradición.

Pero la mayor parte de las jóvenes prefieren blusas de un carácter más de fantasía, que permita darles los aspectos más variados y más graciosos. Una se agrada en acentuar la gracia de sus hombros caídos por medio de una manga *kimono*, que está, como novedad, adornada con diminutos pliegues paralelos desde el escote a la bocamanga, cruzando por encima del hombro y deteniéndose un poco por encima del pecho en un bonito movimiento oblicuo, con el cual da al busto del cuerpo un poco de vuelo que se drapea graciosamente al cruzarse los delanteros en *fichu*. Otra optará por la gracia de una blusa con canesú plano encajado en los hombros, recortado en grecas de almenas invertidas, que caen sobre el cuerpo de la blusa ligeramente fruncido en los huecos de las almenas, y con las mangas sujetas en la sisa, y unidas en la muñeca a un brazalete de cinta, pero sin costura desde él hasta el hombro del canesú, dejando libre el brazo desnudo y adornando los dos bordes del rectángulo que forma la manga con un piquillo de *crochet*. Otra gustará de las líneas sencillas y limpias de una blusa de organdí con pliegues menudos en el cuello, alto, y en la mitad inferior de las mangas hasta el puño, pero dejando ver los brazos por transparencia, etc., etc.

Un punto que hay que reflexionar cuando la blusa ha de acompañar a un sastre, es el efecto que su escote producirá cuando se tenga puesta la chaqueta. Nada más feo que una chaqueta que aparece como puesta directamente sobre los hombros desnudos, sin ningún intermedio de lencería. Para ajustarlo, la blusa lleva esta lencería, que es un cuello alto de crespón de la China, de linón o de organdí, o un cuello escotado en punta y con una especie de corbata formada por una tira estrecha de *jersey* blanco anudada en forma de regata en la punta del escote.

Pero no siempre gusta que la blusa tenga cuello blanco, y en ese caso se puede emplear un cuello de organdí o de piqué, cosido a la chaqueta, combinado de manera que forme una línea armoniosa con el cuello y solapas de ésta. A una blusa-chaleco se puede también fijar un cuello de piqué o de organdí, sólo por detrás y deteniéndose a ambos lados por debajo de las orejas. Puede ser una tira estrecha puesta doble, o un cuello vuelto de estilo Directorio. Lo pueden también rodear dos veces al cuello una vista de organdí con bordes de piquillos, que se enlaza delante o detrás, o una cinta o un bies de tafetán negro que rodea el cuello, cierra con botones de presión y sirve de fondo a un encaje de Binche de borde recto, con el cual se forma una fresca caída de corbata blanca, a menos que se prefiera alegrar ese collar negro, plano o drapeado, con las puntas de un cuello de organdí o con el escarolado de un plegado de tul o de crespón liso blanco. ¿Queréis quitar, a la vez que la chaqueta, ese cuello que da calor? No tenéis más que soltar los dos botones de presión y meter el cuello doblado en el bolsillo de la chaqueta.

Este sencillo y práctico complemento armoniza muy bien con un "sastre", y permite llevar la blusa que se quiera, bajo la chaqueta, sin tener que preocuparse del efecto del escote.

La manera como el bajo del cuerpo de la blusa se drapea sobre la falda o ciñe las caderas en franja plana o drapeada, es uno de los medios con que más se puede variar la hechura de las blusas y hacerlas sentar bien a la silueta de quien las

lleva. Los talles son todavía largos, aunque tienden a acortarse. Si esta longitud no sienta bien, se puede disminuir un poco. Con tal que el punto en que la blusa se detiene sobre la falda sea más bajo que la línea del talle, en la que el busto está más entallado, más delgado, la moda quedará satisfecha. No hay necesidad de que la blusa baje hasta las caderas, sino que se puede subir hasta donde las proporciones del conjunto parezcan mejores, el sitio en que el vuelo de la blusa está drapeado, ceñido, blusado sobre una parte ajustada y estricta, hecha unas veces del mismo tejido que la blusa, otras con una cinta o una *écharpe*. En el primer caso, la tela está o ribeteada o puesta doble, y un diminuto enrollado de tafetán o un bies estrecho doblado cuatro veces sobre sí mismo, forma un borde muy gracioso, sobre todo en una blusa de dibujos vermiculados negros y azules.

Pero lo esencial para que la blusa y la falda constituyan un agradable conjunto, es que el talle sea flexible y conserve líneas limpias y puras. Un ligero corsé de batista o de fino cutí raso, subiendo apenas algunos centímetros por encima del talle, asegura este efecto. Corsé apenas emballeado, uno de estos corsés, en fin, de los que apenas se sospecha la existencia, pero que son indispensables, sin embargo, para reducir las caderas y aplanar la caída de los riñones, contra cuyo abultamiento se pronuncia la moda. Todas hemos venido a adoptar este corsé, tan diferente de las rígidas armaduras de otros tiempos, como es diferente el día de la noche. Las maniqués más flexibles, más esbeltas, más ondulosas, le llevan todas, con lo cual queda dicho que la moda no permite pasar sin él.

* * *

Bordados muy diversamente interpretados, calados a mano o a máquina, pliegues de lencería, pliegues planos, pliegues gofrados, cenefas de galones o de cintas; unos mates, otros encerados y brillantes: tales son los adornos de las blusas nuevas. Pero lo que las adorna más y lo que las hace verdaderamente de vestir, es la forma infinitamente variada de sus mangas, de sus cuellos y de las disposiciones de escote.

Ya os he dicho que se hacen bordados a punto llano, a punto de cruz, del tipo de los bordados rumanos, bordados sumamente ligeros, de hilos sostenidos que se pasan a punto de bastilla resbalando por la tela o que se disponen en puntos de tallo; otros, que se ejecutan a punto de cadeneta, a mano o sirviéndose de un ganchillo especial; otros a punto de bucle o presilla, hechos con un aparatito muy práctico que se maneja por el revés de la tela, sostenida por la mano izquierda, puesto en movimiento por la derecha, que sostiene también el hilo, y que a cada golpe, para este doblado a través de la tela, forma el bucle por el anverso y lo deja allí formado, retirando la aguja para repetir otra puntada un poco más allá, siguiendo las líneas del dibujo marcadas en el reverso.

* * *

Las madres que tenéis hijas de quince, diez y seis, diez y siete y aun diez y ocho años, debéis evitar el escollo de vestir las como señoritas, lo que antes se decía vestirse de largo, frase que hoy sería una impropiedad. Ellas suelen estar muy inclinadas a envejecerse, es decir, a parecer de alguna más edad, eligiendo vestidos muy de fantasía, que no son todavía para ellas, sin tener en cuenta de que con ello pierden una parte de esa gracia juvenil, que es su mayor encanto. Las madres razonables y vigilantes deben luchar para que sus hijas lleven, si no vestidos mucho más sencillos que los que las tientan, al menos vestidos más conformes con su edad, menos escotados, de mangas más largas, y no añado que sus faldas no sean demasiado cortas, porque ya es cosa bien averiguada que las faldas se alargan, especialmente en los trajes de vestir, aunque algunas que se creen de lleno dentro de la moda y están atrasadas de noticias, persistan aún en los vestidos cortos.

Las telas y los adornos que se eligen permiten producir efectos diferentes con los mismos modelos. En éstos se encuentran diversas disposiciones de faldas, de las cuales citaré en primer término, como muy a propósito para este objeto, la

falda de dos paños con un adorno de grupos de cinco trencillas que la rodean, formando tres cenefas horizontales y otra en el talle, terminando cada una de las trencillas en una presilla al costado. Esas presillas se podrán substituir por pespuntos gruesos. Es un adorno que permite ocultar costuras que nadie sospecha, y facilita los arreglos y alargamientos. Una de estas faldas he visto hecha con antiguos volantes plegados, aplastados con la plancha, y con las costuras de unión de unos con otros ocultas bajo el adorno. También son adecuadas las túnicas en delantal, que permiten cambiar el aspecto de un vestido-camisero y ocultar los deterioros de un vestido que se ha usado ya mucho. Esos delantales se ponen a veces delante y detrás y a veces sólo en la espalda, y es de buen efecto el que rebasen un poco de la falda. Suelen orlarlos tiras al hilo o al sesgo que tapan el doblez del borde o montan a caballo sobre éste, formando ribetes. Otras veces en el borde se hace un piquillo cortando un calado-escala que evite el deshílate.

Los cuerpos son casi siempre *kimonos*, que se modifican con frunces, y a los que a veces se añaden mangas. Cabe hacer el cuerpo por medio de varias piezas, para aprovechar una prenda usada, recurriendo a las trencillas, como en las faldas, para ocultar las costuras.

Los trajes de vestir serán este invierno de raso blando, de *poult* de seda o de faya, y estas dos telas blandas reemplazarán, se dice, al tafetán.

V. DE CASTELFIDO.

París, 30 de septiembre de 1921.



Traje para desposada, en sople de seda, pero puede copiarse en crespón de China, muselina de seda o vuela. El vestido interior, plisado, que apenas se ve, está recubierto delante por una túnica bonitamente drapeada y detrás por la cola; ésta, fruncida en la cintura, viene también a los lados, donde ondula en graciosos aconchados. El cuerpo se halla abierto en un pechero de encaje; en la cintura se coloca una guirnalda minúscula de azahar.

Tela necesaria: 5,30 m. de tela de 1 m. de ancho; 1,40 m. de satén ligero para la parte alta del vestido interior.

CUATRO ELE- GANTES MODELOS



1. Traje de tarde en satén azul rey, adornado con placas de bordado en cuero geranio, bordado negro.

2. Traje de terciopelo gris elefante, en satén blanco. La falda y las mangas están adornadas con placas de satén blanco bordado plata.

3. Traje para campo en linón encarnado, estampado con dibujos blancos. Cinturón de seda blanca.

4. Traje para comida o *bridge*, en satén rosa vivo y muselina blanca, con bordados y *soutache*.



1. Traje de satén Astarté negro con túnica-delantal; bordados de aplicaciones (véase fig. 2); cuello-pelerina y solapas interiores de vuelo de seda orlados de un hilo de cuentas azul vivo, recordando los motivos de cuentas del delantal.

2. El traje (fig. 1) prendido en abanico para mostrar la forma y el adorno de la túnica-delantal. Los delantales que cubren los trajes-camisas transforman radicalmente la silueta, según puede verse en la figura 1; desde este punto de vista se puede aprovechar la idea para arreglar, renovar el aspecto de un antiguo traje recto, lo que es muy fácil cuando el delantal, como el del modelo, es completamente independiente del traje (véase fig. 2); el cinturón *écharpe* drapado en las caderas y anudado en la derecha, está cortado en el delantal; tres puntos bridas, uno delante, otro detrás y otro a la izquierda sujetan este cinturón sobre la gasa que reduce la amplitud del traje-camisa en el talle. El tablero es doble (un paño delante, uno detrás, juntándose en los costados) envuelve por completo el vestido a modo de una túnica. Puede hacerse en tela parecida al traje; es-



pón de China, crepón marroquí, satén flexible, como también en una tela ligera: encaje, vuelo Georgette o tul, sobre un vestido de faya o de satén. Es necesario, naturalmente, dar mayor amplitud al delantal si se le hace de tul. Los bordados de aplicaciones como los que cubren este delantal (figura 2), son los más preferidos: nosotros los vemos con profusión este invierno en los trajes de lana lo mismo que en los de seda. El encanto de estos bordados consiste en su dibujo, en el contraste de colores, en los efectos de mates y de calados que consienten; por último, en la manera variada con que se les recama de metal, de cuentas, felpilla, lana o seda. En el modelo, el satén mate del delantal se recorta, según un dibujo bizantino, sobre vuelo de seda negra; los motivos de cruces reservados al calado están bordados de cuentecitas de porcelana azul vidriera.

3. Traje de lienzo de lana azul obscuro, guarnecido de lienzo de lana blanca. La falda, con pliegues gofrados, está recortada en el bajo en dientes agudos que caen sobre un vestido interior de lienzo de lana blanca, igualmente plisado. La casaquilla que acompaña a esta falda es de lienzo de lana igual, pero toda ella adornada de *cocottes* de lienzo de lana blanca. De este mismo lienzo es el cuello que termina la blusa, bordado de dientes azules oscuros.

4. Se puede ejecutar este elegante traje en satén, en crepón nankin, y resultará tan bonito en negro como en tonos claros. La forma sentará a una jovencita igual que a una señora de cierta edad. El encaje, muy fino, con bordes rectos, que guarnecen el cuello y las mangas, da mucho *chic* y ligereza a este vestido, de estilo a la vez moderno y clásico. Puede ejecutarse en satén flexible negro, adornado de tul fino, bordado negro sobre pechero de crepón Georgette blanco rosado, cubierto de tul del mismo tono y guarnecido en lo alto con una tira de este mismo tul doblado. Una gran flor de terciopelo encarnado destaca en el cinturón.

5. Este bonito traje de tarde es de crepón Georgette gris topo y gris plata, sobre un vestido interior de satén, que puede ser topo, gris plata o negro, según se desee un efecto de conjunto más o menos claro. Lo esencial para conseguir el del modelo es que las incrustaciones en forma de grecas sujetas con calados al fondo de la túnica no sean exactamente del color de ésta, a fin de que se destaquen sobre el fondo. Podría interpretarse también el modelo en marino y beige, en marrón y gris humo. El crepón Georgette está doblado en la parte inferior de la túnica y de las mangas.

6. Traje para excursiones. Es de tela *éponge* lisa y tela *éponge* rayada, pero puede copiarse en lanilla rayada y la-



12. El traje (figs. 9 y 10) mostrando a la izquierda, donde el cinturón está suelto, su manera de acoplarse. Viéndole sólo de frente se creería que el vestido (figs. 9 y 10) está compuesto de una chaqueta-bolero y de una falda, entre las cuales un cinturón alto a lo zuavo sirve para sujetarlas. El cinturón, desabrochado, como en la figura 12, muestra que se trata una vez más de un traje recto, dispuesto en una sola pieza de arriba abajo, al menos para el delantero, produciendo el efecto de bolero indicado en el dibujo. Este delantero princesa está montado en un cuerpo, al cual se sujetan las mangas, la espalda y los lados de la falda, y la espalda como capa, bajo la cual pasa el cinturón.

13. Traje de ceremonia. El elegantísimo modelo que reproduce el grabado, puede llevarse para ceremonia nupcial. El traje es de encaje español gris plata, colocado sobre un vestido interior del mismo color. El cuerpo, abierto en punta sobre una tira de muselina de seda. La cola, estrecha y larga, es de satén, adornada de encaje y forrada de muselina de seda.

Tela necesaria: encaje, 2,50 m. de 0,90 m. de alto; seda, 3,30 m. de 0,90 m. ancho.



MODELOS DIVERSOS



1. Las sedas estampadas con grandes ramajes alcanzan alguna boga; su aspecto, en verdad, es muy decorativo; mas los efectos, bastante marcados, dan un poco estos vestidos, que sólo pueden convenir a las señoras que disponen de muchos trajes. Hecha esta reserva, el modelo es precioso.

2. De vuela de lana parma, de color suave, cerrado con botones de azabache tallado; el escote, bordeado de una cinta negra *ciré*, con un cuello cresta de tul fino blanco. Por todo adorno pliegues religiosa coronados por calados de hilos sacados. Un pequeño delantal plisado, partiendo de la cintura, en pliegues religiosa, cae sobre la falda delante.

3 y 4. Nada más juvenil, respecto a un *trotteur*, que este gentil traje con su falda al hilo, muy sencilla, y su blusa americana, guarnecida con pliegues, en los que el primero está hecho en la misma tela, y sobre la cual se añaden los pliegues restantes. El cuello lo trazan dos capuchones superpuestos, cortados en forma, sujetos delante por una corbata de cinta.

5. Alcanzan mucha boga los trajes de tafetán en el estilo del siglo XVIII. He aquí un nuevo y encantador modelo. La falda, de tafetán *beige* abrigado de blanco y de gris, está plisada con tres pliegues horizontales alrededor del talle, donde la falda se halla fruncida, en torno de la parte inferior, de un pequeño cuerpo de tafetán negro, atado a la aldeana.

6. Los trajes-blusas con que se viste a las niñas pequeñas se hacen de batista, linón, vuela de algodón, fular, lienzo de seda, tafetán. Se les adorna con pliegues religiosa, con calados a la aguja; con frecuencia se les orla con piquillos al *crochet*. En ocasiones se pintan sobre la tela dibujos al estarcido; este género de adorno se emplea con especialidad sobre la vuela de algodón; sobre las sedas flexibles parece algo primitivo y poco en armonía con la riqueza del tejido.

7. Traje de tafetán gris topo, rayado con rayas negras dispuestas a lo ancho. Cinturón y cuerpo de tafetán gris topo liso. Cuello vuelto de organdi blanco. Mangas cortas guarnecidas en su parte inferior con una tira de tafetán rayado del color de la falda. Esta, "enrollada", es graciosamente levantada y drapeada con algunos pliegues bajo el gran lazo del cinturón.



COLECCIÓN «INFANCIA»

El castigo de no ser prudente.

(CUENTO ÁRABE)

I

En un principado cercano al lago Tchad, en el centro del África, vivía una familia árabe que se había visto obligada a emigrar a causa de la injusta y feroz tiranía del bajá de Trípoli.

Aquella familia, favorecida por las circunstancias, o más bien por la voluntad de Dios, había adquirido en breves años una de esas fabulosas fortunas de que tan frecuentemente se habla en las páginas de *Las mil y una noches*. Mas también les visitó la desgracia y murieron el padre y la madre, dejando un hijo que acababa de cumplir diez y seis años, y cuya ansia de goces y diversiones no reconocía límites.

Zerzouri—así se llamaba el rico heredero—celebró espléndidas fiestas en su magnífica mansión y presto le rodearon numerosos amigos. Sabido es que la prodigalidad nació en el seno de los placeres; así, como no podía menos de suceder, se hizo pródigo, y el dinero se escapó de sus manos lo mismo que el agua se desprende de las nubes. Poco a poco fué vendiendo los esclavos, palanquines, ganados, caballerías y palacios, y por último, hasta las joyas de su madre. Tres años bastaron para que su ruina fuera irremediable.

Al día siguiente de su última fiesta, ya nadie se acordaba de él. Todos habían olvidado de repente que había llenado la ciudad de Melil con la fama de su lujo y su generosidad. Así, cuando impulsado por el hambre y la desesperación buscó trabajo, un desconocido fué quien le tendió la mano.

Un día en que, vestido con el traje de las gentes del pueblo, Zerzouri se había sentado al pie de una pared, esperando que alguien le proporcionase una ocupación sencilla y lucrativa, detúvose delante de él un extranjero de buen aspecto, que le saludó con exquisita cortesía. Contestóle no menos cumplidamente Zerzouri, pero sin atreverse a levantar los ojos: tan humillado se consideraba por lo que había descendido.

—Joven—le dijo afectuosamente el desconocido—, parece que sufrís, y aunque no sé quién sois, me interesan vuestra fisonomía y vuestro aspecto. A simple vista se adivina que habéis debido ocupar mejor posición. Si buscáis trabajo, acaso pueda proporcionaros algo que os convenga.

Estas frases, pronunciadas con simpática afabilidad, conmovieron profundamente a Zerzouri, hasta el extremo de arrancar de sus ojos copiosas lágrimas.

—Señor—contestó—, me salváis la vida; Dios os recompensará con la parte del Paraíso que me corresponda. Con harta razón decía mi madre que el Señor de los mundos nunca abandona a los que se entregan en sus manos.

Y al hablar de esta suerte, miraba a su interlocutor, que era un hombre cuya edad frisaba en los cuarenta años, de rostro dulce y triste, e iba cubierto con una túnica de seda verde.

—¿En qué puedo seros útil?—preguntó tímidamente, después de breve pausa.

El desconocido contestó:

—En una casa situada a extremos de la ciudad vivimos nueve amigos y yo. Nuestro aislamiento es absoluto y riguroso, por cuyo motivo necesitamos de alguien que nos sirva y que, sobre todo, sea muy discreto. Repito que me gusta vuestro aspecto, y si os convienen nuestras proposiciones, permaneceréis a nuestro lado, como si fueseis de la familia. Dispondréis de elegantes trajes, no os faltará dinero y, seguramente, Dios hará que, gracias a nosotros, podáis disfrutar aún de una brillante existencia. ¿Aceptáis el destino que os ofrezco? ¿Tenéis que oponer algún reparo a cuanto acabo de deciros?

—Escuchar es obedecer—replicó Zerzouri, cuyo corazón palpitaba de gozo.

—Ante todo—prosiguió el hombre de la túnica verde—he de haceros una advertencia, y es que debéis respetar nuestro secreto, y que aunque nos veáis llorar, os guardéis muy mucho de preguntar cuál sea el motivo de nuestro dolor.

—Nunca me aflió el Omnipotente con el pecado de la curiosidad—repuso el joven—; de manera que muy escaso mérito tendrá mi silencio.

II

Puestos de acuerdo, encamináronse uno en pos del otro hacia la mejor casa de baños de la población, donde Zerzouri se vistió, lavó y perfumó de pies a cabeza a la vista misma de su amo. Una vez bañado, limpio y perfumado, rodeáronle varios negros, que le probaron diversos trajes, tan lujosos como elegantes, que al mismo tiempo hacían resaltar la belleza de su rostro y la gallardía de su juvenil apostura. Es costumbre entre los musulmanes despojar de sus ropas viejas al hombre que entra a servir en una casa.

Desde el baño se dirigieron a la residencia del hombre de la túnica verde y sus amigos, situada entre frondosos jardines, en uno de los más lejanos arrabales de la ciudad. Al entrar en ella, sorprendió a nuestro joven, no tanto el plano general de los diversos pabellones, como la perfecta simetría que reinaba hasta en los más nimios detalles de la edificación.

Componíase la finca de cuatro pabellones, cercados por pintorescos parques y separados por un estanque, en el que había numerosos cisnes. Todas las ventanas de los aposentos aparecían cerradas con rejas, desde las cuales se dominaba un bellissimo panorama. Por doquier brillaban las flores y sólo se oía el gorjeo de los pájaros.

Pero ¡qué contraste formaba tan risueña mansión con los personajes que en ella pasaban su vida! Y ¡cuán ajeno se hallaba Zerzouri del espectáculo que le esperaba!

—¡Venid conmigo!... ¡Voy a presentaros a mis amigos!—le dijo el hombre de la túnica verde, y asiendo afectuosamente de una mano, le introdujo en un amplio salón, donde las alfombras que cubrían el suelo rivalizaban en suntuosidad con el esmalte azul del techo, salpicado de estrellas de oro y plata.

En uno de los ángulos y sobre un estrado dominado por un magnífico dosel de plumas de avestruz, estaban sentados nueve ancianos de blanca barba, envueltos en kaftanes de seda. Lloraban, gemían y se lamentaban. En verdad que aquella escena desgarraba el corazón; pero el nuevo criado, recordando la advertencia que se le había hecho, nada preguntó sobre el particular, procurando distraer su mirada en los múltiples objetos que allí le deslumbraban.

Fingiendo no haber notado su emoción, el *cheik* Alí—así se llamaba el desconocido de la túnica verde—abrió un cofrecillo de nácar con clavos de plata y dijo a Zerzouri:

—Ahí tienes cuarenta monedas de oro, de que puedes disponer como te plazca para atender a nuestras necesidades y a tus gastos. Compra, pues, lo que haga falta, porque desde este momento eres nuestro mayordomo y administrador. Desempeña tranquilamente tu servicio; nadie te molestará lo más mínimo: somos gentes de costumbres sobrias y sencillas. Pero, sobre todo, insisto en que no preguntes nada acerca de lo que veas y oigas.

—¡Escuchar es obedecer!—respondió Zerzouri, inclinándose respetuosamente.

III

A partir de aquel mismo día, Zerzouri sirvió a sus desconsolados amos tan diligente y diestramente, que cualquiera hubiese creído que no había hecho otra cosa en toda su vida.

Siempre continuaban los sollozos, de día en día más desgarradores y lamentables. Habíase creído asistir a una de aquellas ceremonias de duelo de que nos hablan las crónicas antiguas, en que las mujeres que habían sido contratadas para llorar, salmodiaban sin tregua ni descanso con un pesar o aflicción pagados a un tanto por hora. Mas, fuera aquello lo que fuese, nuestro joven no quebrantó su mutismo; muy al contrario, acostumbró sus oídos a aquel rumor, en verdad nada agradable, como nos acostumbramos al estruendo de un torrente.

Transcurrido un año, murió uno de los ancianos. Cogíronle en brazos silenciosamente sus compañeros, y después de haber lavado el cadáver, le enterraron sin pompa en un bosquecillo que lindaba con los jardines de su casa.

Cuando la Muerte penetra en una casa, ya nada detiene su siniestro paso. Su inexorable guadaña segó la vida de otro de los ancianos, después de un tercero, luego de un cuarto, y por último, de todos, a excepción del *cheik* Alí, que se quedó solo con Zerzouri en aquella vasta morada, donde pasaron más de diez años juntos y ligados por tan estrecha amistad que se les creyera parientes cercanos.

Mas también cruzó sobre sus cabezas el cuervo de la separación. Abatido por la vejez y minado por un dolor sin consuelo, el *cheik* Alí preparaba su alma para el viaje del que no se vuelve, cuando su fiel criado se acercó a su lecho de dolor y le dijo con compasivo y cariñoso acento:

—Señor, ¿he defraudado vuestras esperanzas?... ¿No os he servido y cuidado con ternura?... ¿No he respetado vuestro secreto?...

—¡Oh!, sí, hijo mío—contestó el enfermo con voz débil—; todos morimos muy contentos de ti, y para demostrarte nuestra gratitud, te hemos legado esta casa, que es un verdadero palacio, y el resto de nuestros tesoros. Todavía eres joven y se te presenta un brillante porvenir. Vive y procura olvidar el lastimoso espectáculo que te han proporcionado nuestras penas.

Al oír estas palabras, se desencadenó la curiosidad de Zerzouri, contenida durante tantos años.

—¡Oh, el más noble y generoso de los amos!—exclamó—. ¿Sois desgraciado?... ¿Tenéis pesares?... ¿No podría saber la causa que los produce? Os ruego que me reveléis ese secreto.

—¡Dios te preserve, hijo mío, de la desgracia que nos ha afligido!... La tumba me reclama y apenas me restan unos instantes de vida; preciso es que te dé mi último consejo...

Y extendiendo la diestra, entorpecida ya por el frío de la Muerte, añadió:

—En aquel extremo de esta habitación hay una puerta que desde aquí verás. Guárdate de abrirla, si no quieres verte condenado a pasar el resto de tus días en medio de un constante llanto. Si fueses tan imprudente que despreciaras mi advertencia, te expondrías a comprender por experiencia propia toda la magnitud de nuestros sufrimientos, y cuando quisieras arrepentirte, seguramente ya sería tarde.

No bien hubo pronunciado estas palabras, el *cheik* Alí dejó caer sobre la almohada su pálido rostro y exhaló el último suspiro.

IV

Después de enterrar el cadáver de su único protector y amigo al lado de los otros ancianos, Zerzouri abismóse en profundas reflexiones. Parecía imposible que las mismas circunstancias inspiraran idénticos sentimientos a individuos de distinta naturaleza; es decir, que todos los ancianos hubieran padecido por la misma causa; y, como la juventud es presuntuosa, juró que había de permanecer impasible, acorazándose de hierro contra toda malsana curiosidad; pero, en el fondo, su resolución no era más que efecto del deseo de romper la monotonía de su existencia y del ansia de probar fortuna.

Así, encaminóse un día con paso firme y resuelto hacia la puerta misteriosa. Limpiando bruscamente las telas de araña que la cubrían, saltó cuatro fuertes cerraduras de acero. Después empujó las dos hojas de la puerta y cruzó ésta. Su corazón latía violentamente.

—¡Dios me proteja!—murmuró—. ¡El es el Señor de los destinos de todos! ¿Quién podrá oponerse a su voluntad?

Ante él extendióse una galería sombría y tortuosa. Durante más de tres horas anduvo a la luz de una antorcha de viento, llegando por último a la orilla de un lago. Mas en el momento en que comenzaba a hacerse cargo del paisaje, un pájaro gigantesco le asió entre sus garras y se lo llevó por los aires a una considerable altura.

Fué tan rápido y violento el vuelo, que el pobre Zerzouri se desmayó. Al recuperar el uso de los sentidos, se encontró solo y tendido en tierra a la entrada de un bosque de limoneros en flor. La brisa de la mañana agitaba suavemente los pliegues de su túnica y una armoniosa música embargó su alma con un goce desconocido.

V

Púsose en pie, y cuando miraba a derecha e izquierda, sin duda para orientarse, acertó a pasar por delante de él un grupo de elegantes caballeros.

Adelantóse el guerrero que parecía jefe de los demás y, saludando con encantadora gracia a Zerzouri, le invitó a montar sobre un caballo magníficamente enjaezado que un escudero conducía de la brida. No necesitó el joven que le repitieran la invitación, y ágilmente saltó sobre la silla, bordada en oro y piedras preciosas.

Púsose de nuevo en marcha el brillante cortejo, sin que ninguno de los que figuraban en él osara interrogar al recién llegado acerca de su origen y de los motivos que justificasen su presencia en aquellos sitios. Muy por el contrario, fué objeto de las más delicadas atenciones, y después de haberle paseado a través de jardines tan frondosos y bellos que seguramente no les aventajarán los deliciosos parajes prometidos por Mahoma a los fieles creyentes, se le condujo hasta el pórtico de un palacio construido con soberano arte y revestido de magníficas esculturas que hubieran podido atribuirse al cincel de los genios.

—¡Qué loco habría sido—pensaba Zerzouri—si me hubiese esclavizado a vivir los mejores años de mi vida tras de aquella puerta! En mi opinión, el *cheik* Alí, de dolorosa aunque grata memoria, había perdido algún tanto el juicio en aquella sistemática reclusión a que se condenaron él y sus compañeros. Si, con la ayuda de Dios Todopoderoso, pudiera volverle un instante a la vida, le enseñaría todas estas maravillas, y seguramente gozaría tanto como yo gozo contemplándolas.

Mientras monologaba de esta manera agrupábanse a su alrededor muchos pajes jóvenes y lindos. Uno de ellos asía la brida del caballo, a la vez que otro le sostenía el estribo. Apenas se hubo apeado, cuando el jefe de la comitiva, que era un personaje de ademanes correctísimos, le introdujo en aquella morada de príncipes, murmurando a su oído palabras tan galantes como corteses.

Llegaron a un extenso salón en forma de hemiciclo, en cuyo centro se elevaba un trono resplandeciente de oro y piedras preciosas. Con un gesto indicó su acompañante a Zerzouri que se sentara, y colocándose en seguida a su lado, se expresó en estos términos:

—Bendecimos, caro huésped, la casualidad que os ha traído a nuestro país. Estáis en una isla, sujeta a mi autoridad. Yo soy la reina.

Al pronunciar estas palabras, levantó la visera que cubría su rostro, y Zerzouri pudo contemplar, arrobado, una belleza que habría inspirado celos a las mismas huries.

—Mis ministros—prosiguió la reina—y todos mis funcionarios son mujeres. Las faenas rudas y difíciles corren a cargo del otro sexo. La autoridad nos corresponde a nosotras y a los hombres la obediencia. Pero podremos hacer una excepción en vuestro favor si consentís en ser mi esposo. Reino, esclavos, tesoros, de todo seréis el dueño, a excepción únicamente de la llave de la puerta que se abre en el fondo del parque... Bastará para ello que digáis una palabra: ¿accedéis a casaros conmigo?

Zerzouri tenía trastornada la cabeza con tanta felicidad. Hubiera querido contestar, pero se lo impidió la emoción. Asintió con una ligera contracción de los labios. Inmediatamente, a una señal de la reina, presentáronse al pie del trono los representantes de la ley. Una respetable anciana estaba investida de las funciones de *cadí*, y en pos de ella marchaban otras dos graves matronas, de blancos y rizados cabellos, que la servían de asesoras.

Mientras se redactaba el acta matrimonial, un jo-

ven paje, más esbelto que la gacela de Sahara, ciñó con una corona de oro y brillantes las sienes del regio esposo.

VI

Transecúrrían seis meses, durante los cuales la dicha de aquel inesperado enlace no logró apagar en el alma de Zerzourí aquella sed de lo misterioso, aquel afán de lo desconocido, que había sido el factor principal de sus extrañas aventuras.

A todas horas y en todos los sitios pensaba en la puerta prohibida.

En medio de tanta felicidad faltábale un goce: ¡uno solo!, pero un goce de atractivo cada vez más irresistible.

Deseaba ardientemente volver a ver la finca de la ciudad de Melil; vagar de nuevo por los lugares que tantas veces había recorrido; saborear la emoción del contraste que formaban los recuerdos del pasado con las maravillas de su situación actual.

En vano le aconsejaba la voz del buen sentido y de la propia conveniencia que olvidara aquel pasado. ¿No le bastaban acaso las inesperadas venturas de que un misterioso poder le había colmado? Pugnaba su ardiente e irreflexivo deseo con tan discreto y sabio consejo; aquella obsesión le perseguía incesantemente, de día y de noche, robándole la tranquilidad y el sueño.

Una noche, pues, cuando la reina dormía profundamente, se apoderó de la llave, que guardaba siempre debajo de la almohada, y en silencio se deslizó hasta el jardín donde se hallaba la misteriosa puerta, objeto de sus insensatos afanes.

Mas apenas abrió la cerradura y traspuso el umbral, cuando, como en la vez anterior, se vió arrebatado por un enorme pájaro, cuyas alas se asemejaban a una tienda desplegada.

En el mismo instante oyóse una voz formidable que partía de lo alto:

—¡Adiós, felicidad! ¡Adiós, reinado! ¡Adiós, riquezas! ¡Desdichado del que no sabe refrenar sus deseos!

Elevóse el monstruo hasta las nubes, volando tan vertiginosamente que Zerzourí, no pudiendo respirar, se desmayó...

Cuando volvió en sí y abrió los ojos, se halló casi desnudo junto a un aduar, donde unos lugareños le habían despojado de sus ropas de rey.

Tal era el terrible castigo que Dios le imponía.

Pero nadie puede torcer la ruta trazada por el dedo del Destino. El infortunado Zerzourí anduvo poco a poco hasta llegar a Constantinopla, mendigando el sustento de aldea en aldea, escribiendo amuletos para las gentes crédulas y besando el rosario de los morabitos que gozaban de mayor renombre.

De su alma apoderóse la tristeza infinita que causa un hondo pesar, y de sus labios desapareció para siempre la risa.

Entonces comprendió la pena de sus desconsolados amos.

Lector:

Cuando en la vida se consigue un estado apacible y dichoso, la prudencia aconseja que no se intente ir más allá. Más lejos, detrás de la puerta de los deseos e insaciables curiosidades, quizá se vea uno transportado a un Paraíso lleno de encantos; pero si se comete la imprudencia de atravesar el umbral, la razón ya perturbada acaba de perder el equilibrio.

¿Quién será bastante fuerte para permanecer moderado y prudente en medio de la embriaguez de una fortuna harto fácil y rápida? Inclínase uno hacia adelante, el vértigo pierde su cabeza y se precipita en el abismo. ¡Es ley inexorable y fatal que no puede menos de cumplirse en todos los casos!

Eso había ocurrido a los nueve ancianos en una diversa y brevísima serie de aventuras: todos habían pasado dos veces la puerta...

Eso fué también lo que sucedió a Zerzourí, que los imitó...

La maldita curiosidad los perdió a todos.

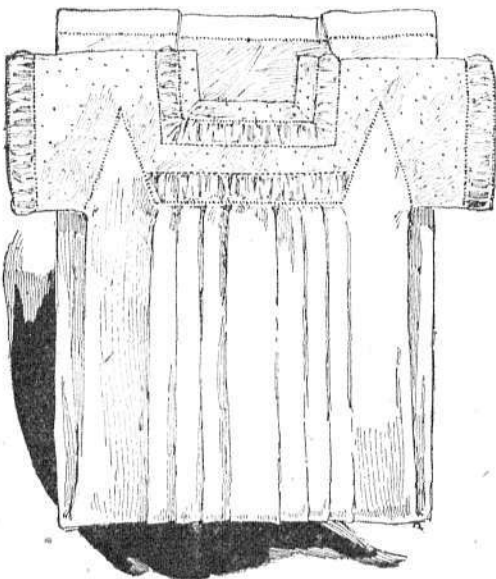
Traducción del inglés por Francisco Lombardía.



1

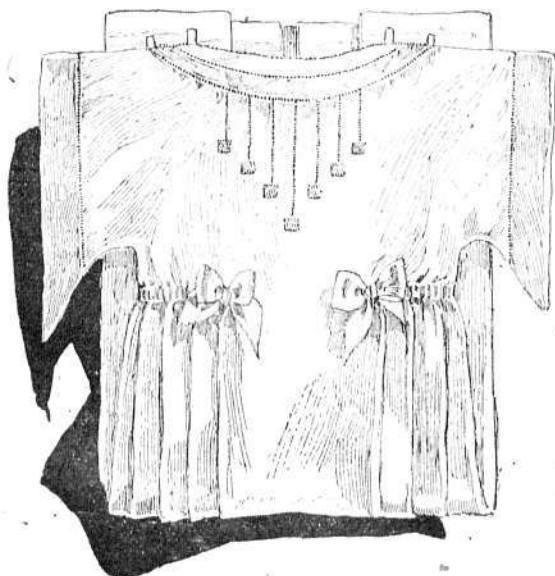


2

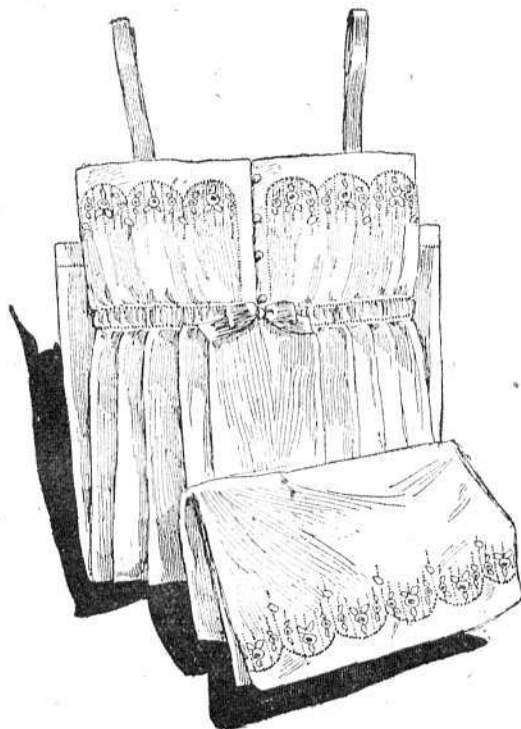


3

Ropa blanca.



4



5

1. Traje interior, de vuela de algodón, recortado sobre un canesú de tul bordado.

2. Pantalón con volante, en crepón de China blanco, con calado y piquillo. Se pasa por el jaretón de la parte alta del pantalón una goma que estreche el talle según se quiera.

3. Camisa de noche en batista de algodón y muselina *plumetis*, guarnecida con bullonados que se montan en calados.

4. Camisa de noche en batista blanca; dobladillo de las mangas y tira incrustados en el escote, de batista azul; calados turcos y cuadraditos bordados al *plumetis*.

5. Combinación en batista blanca adornada con bordado. (Véase la figura 6.)

6. Bordado a calado turco y al *plumetis* de la combinación figura 5.

